

PN 62 15
537

ES PROPIEDAD

A MANERA DE PRÓLOGO



I

QUÉ SA engañarte y soñar» dice el viejo Schiller. Y añade Guyau: «Esta es la propia divisa del arte». Y nosotros precisamos: del arte romántico.

El arte romántico cuyas últimas estribaciones cifien todavía nuestro horizonte, ha sublimado el más cruel engaño y el más perenne sueño: la locura. La luna, diosa cansina de los pensamientos fijos y melancólicos, arrebatada á sus elegidos el equilibrio del común sentir, el señorío de la mente, la paz armoniosa de la vida íntegra; y libertando la fantasía de todo vínculo y represión la torna

fugaz, divagadora, inasequible, miserablemente libre como un ave ciega.

Pero el hombre primitivo que está en nosotros, venera la locura como sus congéneres de la prehistoria. Que tal dolencia es asombrosa, y en su gravedad y maravillas se advierte la huella de una energía divina. Y hay más; la locura, que nos pareció á veces sobrehumana, nos produce asimismo efectos de simpatía y de singular revelación, porque con sus fenómenos, sin darnos cuenta, habíamos intimado secretamente. Pues si es evidente que coincidimos en creer que ciertos delirios, ciertas aberraciones tenidas por locura han sido vehículo de profecía, inspiración poética ó fiebre inventora, si todos hemos temido alguna vez, departiendo con un loco, ser nosotros, los cuerdos, quienes estuviésemos desalumbrados y ciegos; ¿quién por otra parte no ha experimentado alguna vez, sentado en un ruedo de personas comedidas y normales, como en los senos de su espíritu tomaba con-

sistencia un humorismo inarticulado, una visión engañosa ó un desvarío sentimental, inmediatamente repelidos, pero que con todo no han hecho sentir por un instante el aura imprecisa de la locura?

Por esto creemos que la reivindicación de la locura para el genio, que fué una de las conquistas del romanticismo, descansaba sobre un énfasis vano. Porque todos los hombres tienen su parte de locura, aun los más llanos y humildes; todos, en ciertas ocasiones, se han dado cuenta de una dispersión incipiente de sus facultades, y podrian declarar, si no se lo vedara cierta excusable superstición, cual es el asidero que el engaño fatal y decisivo, hallaria en su mente; cual es la preocupación tenaz, el recuerdo invencible, el espectro de una ley de herencia ó el remordimiento de un delito que fácilmente rendiría al vago poder enemigo la codiciada fortaleza.

Aun desde un punto de vista de mero provecho y granjería, no en balde buscamos la paz en la ora-

ción, desvanecedora del agobio y pesadumbre que nos causa nuestra propia naturaleza; y en la efusión que nos libra de los pánicos de la soledad y las disminuciones del egoísmo; y en el trabajo y el juego, que templan cada cual á su modo el espíritu haciéndolo resistente y elástico. Y no habrá sido en balde, porque con tan nobles medios vencemos algo más espantoso que la muerte, algo que, como la muerte, viene con la cautela del ladrón.

La vida del espíritu es una lucha con la locura, y uno de los medios más donosos de vencerla, es engarzarla en cuentos.



II

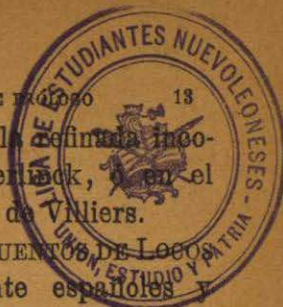
EN España, el más alto héroe, el de más inmortales hazañas, fué un loco, Don Quijote. El romanticismo de España es el culto inconsciente á una especie de locura. La desigualdad pasmosa, ó si se quiere, trágica, que ofrecen las obras de nuestros grandes ingenios y las empresas de nuestros grandes organizadores, revela un principio de desasosiego y de caos en el espíritu nacional. Nuestro idealismo nos embriaga más que el vino. ¿Qué secreta virtud de la tierra hace á nuestros hombres cenceños y graves, de mirar

iluminado, y aparente sequedad y realismo, que disfrazan mal la insólita pujanza del espíritu? El loco decimos, por la pena es cuerdo. Acaso nuestra raza indomable necesita del freno de innúmeros quebrantos y reciedumbres para que exteriormente se sujete, y viva conformada, aunque sin dulce apego á las cosas, sin el sentido minucioso de su riqueza, y sin el gusto siempre vario de sus consuelos.

La literatura que cuenta entre sus obras inmortales á *Don Quijote de la Mancha* y el *Licenciado Vidriera*, y que parecía haber agotado no solo los recursos dramáticos de la locura, sino aun sus donaires y sutilidades, como en *La Fingida Arcadia*, realiza hoy una nueva incursión al país fantástico de la demencia. Los CUENTOS DE LOCOS, deliciosa obra póstuma de Sawa, son fruto de la amorosa coyunda de nuestro genio nacional y la corriente literaria moderna, la cual desarticulando el idealismo de la realidad halló altísimas representaciones en la prodigiosa su-

gestión de Poe, en la definitiva incoherencia de Maeterlinck, y en el extraño iluminismo de Villiers.

De aquí que los CUENTOS DE LOCOS sean eminentemente españoles y eminentemente modernos, obra por raro acierto, autóctona y universal.



MONTERREY, N. L.



III

LEAN ahora todos á su sabor la obra póstuma de Miguel Sawa, el brillante narrador y periodista, arrebatado á nuestra compañía en el período de la vida en que la producción artística conserva todo el brío de la mocedad y adquiere ya la sazón que delata lo definitivo (en 1866-1910).

En la memoria de cuantos rinden pleitesía á las letras ibéricas, están sus afortunadas empresas literarias, y el *fascino* de simpatía de toda su labor. En sus libros, en sus artículos en sus campañas, Sawa se mostró siempre castizo y moderno á la par,

y tan brillante como sobrio. El eminente escritor andaluz se conquistó con su rica y varia labor honrosísimo lugar entre los actuales briosos renovadores de la literatura castellana, y merece hoy, con las más dulces flores del recuerdo, la grave sombra del laurel.

Pero en sus CUENTOS DE LOCOS es quizá donde aparece más sutil su humorismo, más firme su diálogo, más primorosamente tallada su frase. CUENTOS DE LOCOS es además una obra eminentemente representativa de la actual pasión psicológica, de la utilización literaria y del estetismo.

Sea pues este libro consolidación invencible del renombre de Sawa, y granjéele el amor entrañable de los hombres, más venturoso monumento que los mármoles y bronce.

EM ILIO VALLÉS



JUDAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO